

J. GEORGI F.



Revista Artes

de



y



Letras



DIRECTORES

M. L. ROCUANT

F. SANTIVAN

EDICIONES DE "ARTES Y LETRAS"

Año II. N.º 4
de la Revista

IX de las Ediciones
Agosto 1918



EL PELADOR Y EL PELAMBRIENTO

El término «pelador», tan usado en nuestras conversaciones familiares, no está admitido por el léxico (por la edición un tanto antigua que yo consulto, en todo caso) en el sentido criollo y expresivo de descortezar la fama ajena.

«Pelador, define simplemente el diccionario, es el que pela o descortezca alguna cosa.»

Nosotros decimos «pelador» por el murmurador o mala lengua de ultramar.

Lejos está de mi ánimo el afán de romper lanzas en defensa del «pelador» de nuestra tierra. Estoy viejo y sabido por demás para desempeñar inútiles y ridículos papeles de quijote. Aparte de que los peladores saben defenderse por sí solos.

—«Fulano te anda pelando», advirtieron a uno de ellos.

—«No importa»—contestó el notificado.—«Estamos en Abril. Por el mes de Octubre voy a comenzar a pelarlo con empeño y antes de que termine el año lo habré puesto bueno para nada».

Sin embargo me parece interesante definir ciertas «nuances» (como dicen los franceses con un vocablo más sutil, a mi juicio, que el español de visos o matices) de la idea de pelador: es justo distinguir entre el «pelador» y el «pelambriento» (1).

El pelador es irónico, es caústico, es satírico, y fustiga los de-

(1) No digo «pelabrero» porque el diccionario asigna a esta voz otro sentido.

fectos y debilidades humanas en forma original; el pelambriento es un vulgarísimo y rastrero comentador de las caídas que descubre en el vivir del semejante.

Aunque falto de la caridad evangélica preconizada por el divino Jesucristo, el pelador puede hacer bien poniendo de relieve la imperfección de los mortales, mientras el pelambriento se dedica a la estéril divulgación de las faltas del prójimo sin otro fin que el muy canalla de hacer daño.

Es, por lo general, el pelador un vero caricaturista de la frase que retrata, en pocos rasgos y de un punto de vista personalísimo, la silueta más o menos ridícula de algunos individuos o las tendencias criticables de una sociedad.

Entre tanto, el pelambriento es comparable al vil libelista, al odioso pasquinero y, a veces, al pornógrafo malsano: su acción es siempre perjudicial, infame, baja.

El pelador ridiculiza y difama el pelambriento. El uno es valiente, franco; el otro es vil, felón.

El primero pone en evidencia lo que está a la vista de todo el mundo, pero no es bien percibido por el observador superficial, el más común. Por eso es que la masa se encarga de repetir con gusto los dichos agudos del verdadero pelador, encantada de la justedad de alguna de sus bizarras opiniones, o del ingenio de un apodo que corresponde al público sentir no definido. ¡Y cómo rabian los tontos por esos éxitos de los espíritus mordaces!

En cambio, el que yo me he permitido bautizar de «pelambriento», propala sin gracia alguna de expresión, burdamente, los deslices o desgracias que sorprende en el vecino. Es un menguado delator de pasiones y miserias.

Sucede con frecuencia que en salones donde los pecatos se santiguan por lo que expresa sobre simples superficialidades de la vida, con originalidad y donosura, un patentado pelador, todos ellos aceptan mansamente atroces difamaciones y escandalosas historietas que cierta señorona con fama de estricta observante del Decálogo, denuncia sin pestañar en lenguaje asaz ramplón.

Hay familias enteras de vulgares pelambrientos que temen y

execran al pelador espiritual, lo cual no obsta para que sus conversaciones corrientes se reduzcan al comentario de escándalos y líos, de estafas y de quiebras, de divorcios y de rupturas de noviazgos, a la propaganda ruin, en suma, de cuanto puede desacreditar a nuestra sociedad aristocrática, una de las más distinguidas—pese a lo que murmuren los agriados—una de las más distinguidas de la tierra!

El pelador genuino, el que pone en solfa al petimetre del centro que lleva encasquetado en el testuz el calañés de su papá y cubre de polainas blancas unas extremidades de palmípedo, y a la solterona incasable con monerías de niña pretendida; el que se burla del orador político cuyo conceptuoso discurso provoca en el auditorio la velada pregunta de ¿quién se lo haría? y no se deja imponer por las áureas charreteras del general que sólo ha mandado tropas en el Parque; el que denuncia a un cleriguín porque cultiva, entre novenas y misiones, el «remanente» testamentario de una beata acaudalada, o al pechoño que dobla ambas rodillas durante todo el santo oficio de la misa, pero observa de reojo a las devotas, si son bellas; el pelador de los tontos graves, de los catones viciosos, de los ricos-nuevos y otras especies admirables de ridículos y snobs, no debe ser confundido, en ningún caso, para los efectos de la sanción y de la estima, con el pelambriento maligno o tonto, siempre vil, que deshonra damas y denigra caballeros por bajeza natural, como la babosa destila inmundas babas sobre las flores mas fragantes.

JUAN DUVAL.